

**Decent Work, and the Platform Economy in Highly Qualified Vocational Professions:
interlocution and Smart regulation**

Ladies and Gentlemen,

I stand before this Plenary today on behalf of the World Union of Liberal Professions, representing highly qualified professions. Professions whose practice is not aimed at maximizing their own profits, but at upholding the general interest. Professions born out of vocation, committed to promoting the well-being of citizens everywhere in the world and to fostering social trust. They do so because their legitimacy derives from their high level of technical expertise and professional judgment, but also — and fundamentally — from their ethical commitment to human dignity, fundamental rights, and social progress.

The debate on decent work in the platform economy cannot be addressed without understanding a silent yet profound reality: highly qualified professionals, in every sector — healthcare, social services, legal professions, engineering, architecture, science, economics — do not face their main obstacles in a lack of knowledge or in adapting to rapid technological change, but rather in the growing barriers that prevent them from fully exercising their professions.

Bureaucracy continues to expand. The fragmentation of administrative tasks multiplies. The pressure of digital immediacy grows more intense every day. Workloads and demands increase. And in this daily, exhausting process, the most valuable resource of qualified work is gradually eroded: the time to think, to research, to decide, to create, and to care.

And when highly qualified professionals lose that space for reflection, it is not merely an individual loss: it is a social loss. Because a society that does not protect time for thinking — from the earliest stages of education and especially at university level — is a society that renounces its own capacity for progress.

In this context, the platform economy — although often associated with lower-skilled professions, it also greatly affects highly qualified professions — and artificial intelligence present a decisive ambivalence. They can be highly valuable tools if directed toward reducing administrative burdens, freeing professionals from routine non-essential tasks, or assisting them in their daily practice, while always allowing them to focus on the essential core of their vocation. However, if designed without sound judgment, they can become destructive tools that cause professionals to lose their autonomy and subordinate their professional judgment to purely algorithmic logics.

The issue we are addressing these days, if I may say so, is not technological. It is regulatory, ethical, and institutional.

For this reason, we call upon the International Labour Organization and the public decision-makers gathered here to pursue a clear agenda of smart regulation: proportionate rules, evidence-based, assessable in terms of their real effects, and designed with an understanding of the complexity of contemporary work.

The regulatory intelligence I appeal to is not merely technical. It is also democratic. It requires something essential: structured dialogue, active listening, and permanent spaces for engagement with organized civil society, including the professions.

Rules cannot be developed at a distance from reality. And Social Dialogue undeniably plays a fundamental role. But I also call for continuous dialogue with those who sustain the daily functioning of our societies.

The objective must be clear: to protect the human and vocational dimension of work and of the professions. To allow technology — platforms, algorithms, artificial intelligence, and whatever may come next — to focus on the technical, the automatable, the non-human. And to preserve for professionals what cannot and must never be replaced: judgment, responsibility, ethics, empathy. Human values.

In conclusion,

Decent work in the platform economy will be defined by the capacity of our institutions to protect what makes progress possible: talent, professional autonomy, and the vocation to contribute value to the societies in which we live.

Ultimately, what is at stake is not only work efficiency, but the quality of human talent, which — let us not forget — is what sustains social progress.

And I insist: without human intelligence at the center of the system, there can be no true social progress. I urge the ILO not to allow technological logic to subordinate professional judgment to commercial algorithms.

A platform must not determine how much time a professional can spend looking their client, patient, or service user in the eye. An automated system must not prioritize productivity over quality. A professional must not become a mere executor of decisions made by opaque systems. Because if this happens, if it spreads, we will not simply be facing a labor issue. We will be facing a democratic issue.

Because the professions I represent here fulfill an institutional function. They are among the last spaces where there still exists an obligation of independence from economic, political, or technological power.

We remain at your disposal.

Thank you very much.

Trabajo decente y economía de las plataformas en profesiones vocacionales de alta cualificación: interlocución y buena regulación

Señoras y Señores,

Comparezco hoy en este Plenario en nombre de la Unión Mundial de las Profesionales Liberales representando a profesiones altamente cualificadas. A profesiones que con su ejercicio no buscan maximizar sus propios beneficios, sino sostener el interés general. Profesiones que nacen por vocación, que procuran el bienestar de la ciudadanía en cualquier parte del mundo y que articulan confianza social. Y lo hacen porque su legitimidad proviene de su elevado conocimiento técnico y criterio profesional, pero también y fundamentalmente de su compromiso ético con la dignidad humana, con los derechos fundamentales y con el avance social.

El debate sobre el trabajo decente en la economía de las plataformas no puede abordarse sin comprender una realidad silenciosa pero profunda: los profesionales cualificados, de cualquier sector: sanitario, social, jurídico, ingeniería, arquitectura, científico, económico, no encuentran sus principales obstáculos en la falta de conocimiento o en cómo adaptarse a los cambios vertiginosos en tecnología, sino en las barreras crecientes que les impiden ejercer sus profesiones plenamente.

La burocracia se expande. La fragmentación de tareas administrativas se multiplica. La presión de la inmediatez digital es cada día más acusada. La carga y las exigencias del trabajo aumentan. Y en ese proceso, diario, agotador, se erosiona el recurso más valioso del trabajo cualificado: el tiempo de pensar, de investigar, de decidir, de crear y de cuidar.

Y cuando el profesional altamente cualificado pierde ese espacio de pensamiento, no es una pérdida individual: es una pérdida social. Porque una sociedad que no protege el tiempo para pensar, desde las etapas educativas más tempranas y muy especialmente en la etapa universitaria, es una sociedad que renuncia a su propia capacidad de progreso.

En este contexto, la economía de plataformas, que aunque se suele asociar a profesiones de menor cualificación afecta en gran medida a las profesiones cualificadas, y la inteligencia artificial presentan una ambivalencia decisiva. Pueden ser herramientas de gran valor si se orientan de modo que reduzcan cargas administrativas, que liberen al profesional de tareas rutinarias no esenciales o le asistan en su práctica diaria, pero permitiendo siempre que se concentre en lo esencial de su vocación. Si se diseñan sin criterio, sin embargo, pueden convertirse en herramientas destructivas que lleven al profesional a perder su autonomía y a ver subordinado su juicio profesional a lógicas puramente algorítmicas.

La cuestión que abordamos estos días, me van a permitir, no es tecnológica. Es regulatoria, ética e institucional.

Por ello, pedimos a la Organización Internacional del Trabajo y a los responsables públicos aquí reunidos una agenda clara de regulación inteligente: normas proporcionadas, basadas en evidencia, evaluables en sus efectos reales y diseñadas desde la comprensión de la complejidad del trabajo contemporáneo.

La inteligencia regulatoria a la que apelo no es solo técnica. Es también democrática. Requiere algo esencial: interlocución estructurada, escucha activa y espacios permanentes de diálogo con la sociedad civil organizada, incluidas las profesiones.

Las normas no pueden construirse a distancia de la realidad. Y el Diálogo Social juega un papel fundamental, es innegable. Pero apelo a un diálogo constante con quienes sostienen el funcionamiento cotidiano de nuestras sociedades.

El objetivo debe ser claro: proteger la dimensión humana y vocacional del trabajo, de las profesiones. Permitir que la tecnología, plataformas, algoritmos, inteligencia artificial y lo que esté por venir, se concentre en lo técnico, en lo automatizable, en lo que no es humano. Y preservar para el profesional aquello que no puede y en ningún caso debe ser sustituido: el juicio, la responsabilidad, la ética, la empatía. Los valores humanos.

Concluyo.

El trabajo decente en la economía de las plataformas se definirá por la capacidad de nuestras instituciones para proteger aquello que hace posible el progreso: el talento, la autonomía profesional, la vocación por aportar valor a las sociedades en las que vivimos.

En última instancia, lo que está en juego no es solo la eficiencia del trabajo, sino la calidad del talento humano que, no olvidemos, es lo que sostiene el progreso social.

E insisto: sin inteligencia humana en el centro del sistema, no hay verdadero progreso social. Pido a la OIT que no permita que la lógica tecnológica subordine el criterio profesional al algoritmo comercial.

Que una plataforma no condicione el tiempo que un profesional puede mirar a los ojos a su cliente, a su paciente o al usuario de sus servicios. Que un sistema automatizado no priorice productividad sobre calidad. Que un profesional no se convierta en un mero ejecutor de decisiones tomadas por sistemas opacos. Porque si esto ocurre, si esto se extiende, no estaremos únicamente ante un problema laboral. Estaremos ante un problema democrático.

Porque las profesiones a las que aquí represento cumplen una función institucional. Son uno de los últimos espacios donde todavía existe una obligación de independencia frente al poder económico, político o tecnológico.

Estamos a su disposición.

Muchas gracias.